

Entre dos y tres de la tarde se empeñó el combate. En todas las alturas de las inmediaciones habia multitud de espectadores. Era un cuadro imponente y sublime el que se ofrecia á las miradas de todos.

La avanzada que mandaba el capitán Solís, hacia esfuerzos extraordinarios de valor; la artillería nuestra protejia su defensa, y las fuerzas de Padierna fulminaban sus tiros, al mando del general D. Nicolás Mendoza, cuya presencia no les faltó un instante en los puntos de mayor riesgo. Entónces hacen los enemigos un empuje vigoroso: se escucha el alarido de sus hurras salvajes, y toman el punto de Padierna. En estos momentos salió herido el general Parrodi, que estaba inmediato á nuestras baterías. La retirada de Mendoza fué tranquila. Antes de tomar Padierna, los americanos se dividieron en dos fracciones; una que atacó aquel punto, y la otra que se emboscó por el pedregal, amagando nuestro flanco izquierdo. El fuego de artillería no cesaba: los enemigos tambien generalizaron el suyo, jugando sus piezas de campaña con celeridad, y sus cohetes á la *congreve* con repetición. La voz del general Valencia se escuchaba en todas partes, animando á los cuerpos que se batian á pecho descubierto. Todos cumplian exactamente con sus deberes.

Los americanos, que se habian ocultado desde el principio de la acción en el pedregal, aparecieron por frente á Anzaldo, que por una falta imperdonable estaba, como tenemos dicho, abandonado, avanzando en dirección á San Gerónimo. El general Valencia manda al regimiento de caballería de Guanajuato por el camino á que los contenga. Esta fuerza era insignificante en su número, é ineficaz por la arma á que pertenecia. Hay un corto tiroteo: queda cortado parte del regimiento: los enemigos atraviesan uno á uno, y se emboscan en la arboleda que rodea á San Gerónimo, frente de la cual hay un plano de poca estension, rodeado de lomas escabrosas: organizándose en el bosque, intentan una salida sobre el punto que ocupaba Valencia. Los avisos que desde el principio de la acción se habian mandado á los generales Perez y Santa-Anna, se repiten ahora en vista del peligro inminente que nos amenaza. Ordénase á Torrejon, al ver la tentativa del enemigo, que cargue con toda la caballería: ejecuta la orden decidido el general Frontera con el número 2: resuena el tropel de los caballos, y se percibe el ruido de los sables. En estos

instantes aparece sobre las lomas del Toro, que dominan el camino, la brigada del general Perez, y en medio de sus músicas y vivas, se desplega en guerrillas y en columna, y se prepara á atacar al enemigo de San Gerónimo. Compraba entónces Frontera con su sangre el lauro de los héroes: daba libertad á su alma generosa el plomo del invasor, y dejaba con su cadáver sangriento un recuerdo, para sus amigos, de ternura; para la patria, de gloria.

El camino recto estaba cortado por los americanos, que pasaban con dificultad del Mal-Pais á S. Gerónimo; pero las fuerzas que tenían allí eran aun muy reducidas, y cualquiera esfuerzo hubiera bastado para restablecer la comunicacion entre los dos ejércitos mexicanos.

Pocos minutos ántes nuestra situacion era desesperada: estábamos cortados; cualquiera habria predicho la derrota; pero la situacion cambia ahora enteramente: ahora los americanos son los cortados; ahora todo es favorable; y efímera, alumbrá la luz de la victoria por un momento, nuestras armas desventuradas.

Se toca retirada á las tropas del general Perez por tres veces, y el general Santa-Anna permanece inmóvil con aquella division, cuya presencia habia hecho vacilar al enemigo, y temer al general Scott por el éxito de la batalla; pero el mismo hecho de no pasar por el camino, cuando aun era muy posible, hizo creer á la generalidad, que Santa-Anna queria encerrar entre su division y la nuestra las fuerzas enemigas, y verificar de aquel modo su derrota.

No obstante, la ocasion oportuna se habia perdido. Luego se supo que cuando despues de atacar el general Frontera, llegaron las fuerzas de Santa-Anna, Scott hizo un movimiento de desesperacion, como quien de repente se encuentra con un gran peligro. ¿Cómo se responderá de esta inconcebible negligencia?

Durante todo este tiempo de inmovilidad inexplicable de las fuerzas de Santa-Anna, el fuego se empeñaba en varias direcciones: los cuerpos todos competian en arrojo: el general Valencia redoblaba mas y mas sus esfuerzos. En lo mas empeñado de aquella accion, el general Valencia dió muestra de un valor, que nadie, sin villanía, se atreverá á negarle.

Al punto de disponer el general Valencia la carga de caballería de que hemos hablado, mandó que se situara una batería á la retaguardia del

campo. Luego que murió el general Frontera, frustrada su operacion, quedó formada en batalla á la derecha del bosque, marchando á reforzarla el batallon de Aguascalientes, cuando se observó que los americanos de San Gerónimo hacian una nueva tentativa sobre el campo.

Al oscurecer, repentinamente entre mil vivas, hacen un esfuerzo nuestros soldados para recobrar Padierna. Allí trepa el comandante de batallon Zimavilla, al frente de su cuerpo, blandiendo su espada, alentando á sus soldados. Nuestras baterías los protejen con sus fuegos: Cabrera, con el resto de su brigada, lo sigue valientemente: se confunden los nuestros con los enemigos: una bala de cañón derriba la parte superior de una de las paredes de Padierna; y al disiparse el polvo, coronan nuestros hermanos vencedores aquel punto, con tan tenaz arrojo disputado, gritando y repitiéndose el clamor de ¡Viva la República!

Despues de las oraciones de la noche, y entre la lluvia, se oyeron algunos cañonazos en las lomas del Olivar de los Carmelitas, donde estaba á esa hora Santa-Anna. Esto, que parecia su auxilio, era su despedida.

Efectivamente, despues de aquellos tiros, descendió el general Santa-Anna del Olivar, y sus acompañantes en coro se jactaban de que con su presencia habia libertado al insubordinado Valencia de la derrota. Las tropas que fueron con el general Santa-Anna se retiraron despues por su órden, dejando circunvalado á Valencia por todas partes, y yéndose á alojar á San Angel.

A poco de haber llegado á dicho punto el general Santa-Anna, algunas personas, entre ellas el Sr. diputado D. José María del Rio, le esplicaron la verdadera posicion del general Valencia, y entónces envió con sus órdenes á su ayudante D. J. Ramiro, á quien acompañó el Sr. del Rio por veredas seguras, como práctico en el conocimiento del terreno.

Muy distinto era el aspecto del general Valencia á la caída de la noche: persuadido de la permanencia en sus puntos de las tropas de Santa-Anna, viendo que conservaba sus posiciones; reconociendo corta su pérdida, y contentos y con denuedo sus soldados, soñó en el triunfo, se entregó á vanas demostraciones de gozo, y estraviado por él, dictó él mismo su parte, despues, por la derrota, convertido en ridí-

culo, y en que el despilfarro de empleos y condecoraciones produciria hoy cargos contra su persona, aun dado caso que hubiera triunfado.

El campo quedó tan á cubierto como era posible; sirviendo de grandes guardias los cuerpos colocados en los puntos avanzados, y eran: en Padierna, la brigada de Cabrera; enfrente de San Gerónimo, Aguas-Calientes; en el puente, la brigada de Torrejon; y por la *Fabriquita*, la del general Romero.

Los soldados no habian comido: despues de la fatiga del combate no tenian ni un pedazo de pan, ni un leño para calentarse, ni un lugar en qué reclinarse. Estaban traspasados por la lluvia, y sin embargo, no habia una queja, ni una murmuracion, ni un solo signo de descontento. El general Valencia se guareció en una barraca que habia en el lugar de las baterías. A las nueve llegaron á ella Ramiro y del Rio, diciendo que iban de parte del general Santa-Anna. Comenzaban á dar su órden, cuando interrumpió Valencia, preguntando dōnde se hallaba aquel general. Se lo dijeron; se cercioró entōnces de la retirada de sus tropas; y ya frente de su horrible posicion, en tono colérico, brotando fuego sus ojos, descompuesto, abandonando la circunspeccion y lo que á sí mismo se debia, prorumpió en imprecaciones contra el general Santa-Anna, en voz alta, en medio de todos, que participaron de su enojo. . . . El general Santa-Anna le decia que queria se pusiesen de acuerdo: el general Valencia, sin oir nada, sin atender á nada, frenético, continuaba sus quejas, hasta que dió por respuesta que le mandara la tropa y la artillería que tenia, y que no queria mas. El Sr. Ramiro, en la declaracion que dió sobre la conferencia que tuvo con el general Valencia, asegura que le llevó ya la órden de retirarse; pero tal aserto está en contradiccion con el informe del general Salas, que asistió á aquella entrevista, y ha dicho que esa órden la llevó el ayudante de Valencia D. Luis Arrieta, á las dos de la mañana.

La impresion que produjo la noticia de la retirada de las tropas auxiliares, fué horrorosa: entōnces se tradujo como abandono criminal la inmovilidad de Santa-Anna en la tarde, y cundiendo rápido el descontento, el ménos conocedor habria predicho la derrota del siguiente dia. Efectivamente, esa noticia, relajando en lo absoluto la moral de la tropa, consumó aquella desgracia.

Con todo, el general Valencia esperaba en la noche algun refuerzo, porque el mal temporal no era disculpa, puesto que nuestros soldados lo sufrían tambien, y los americanos no tenian mas techo que el mismo cielo.

A las dos de la mañana, un ayudante del Sr. Valencia, como acabamos de indicar arriba, fué á decirle, de parte de Santa-Anna, que se retirase, clavando las piezas, inutilizando el parque, salvando solo lo que fuese posible. La retirada se consideró como una cobardía: las posiciones de los americanos la hacian muy difícil, y el vilipendio de ella sobrecogió á todos generalmente. Rehusóse á obedecer Valencia, ya bajo la influencia de la desesperacion.

Este nuevo mensaje hizo apurar mas hiel á los que tanto estaban sufriendo. Padecian la vigilia á la intemperie, y en la tremenda espera, espera de agonía, de una derrota afrentosa y segura.

A las cuatro, el general montó á caballo, reunió á algunos gefes, les preguntó su juicio, y la mayoría se sometió á su resolucion. Ella fué que todos se colocaran en sus puntos.

Al alumbrar la primera luz del dia 20, todos volvieron con ansia sus ojos al rumbo de San Angel; y cuando se convencieron de que no habia auxilio alguno, varios soldados abandonaron el campo desde entōnces, y todos se abatieron profundamente. . . . ¡La derrota estaba casi consumada!

Al amanecer, las fuerzas enemigas avanzaron en tres columnas: una se dirigió á una altura que está á la retaguardia de la loma de Pelon Cuauhtitla, sobre nuestro flanco derecho: otra atacó por San Gerónimo: la otra permaneció entre el Mal-Pais, frente del camino recto, y se echó sobre el rancho de Padierna. La primera columna, arrojándose sobre nuestra posicion con la mayor celeridad, arrolló la pequeña que se le opuso á las órdenes del general Gonzalez de Mendoza, y desbordó nuestro campo. El general Valencia quiso contener aquel impulso con nuevas fuerzas; pero envueltas por todas partes, reducidas en instantes á un círculo pequeño; agrupadas, confundidas con las mulas del parque, las mugeres, los trenes y todo, la derrota fué momentánea. Hubo esfuerzos estériles y heróicos que seria una ingratitud callar. El teniente coronel Zires se revolvió luchando con los enemigos: los generales Blanco y García trataban en vano de sos-

tenerse, hasta que los pusieron fuera de combate sus graves heridas. En estos momentos verificó su honrosa retirada de Padierna á Anzaldo el escaso resto de la brigada de Cabrera.

El general Valencia condujo alguna fuerza de infantería sobre el enemigo; pero el círculo de fuego de los americanos ceñía como una serpiente nuestras fuerzas, y las ahogaba ya desordenadas, perdidas!

Dos caminos quedaban: uno por las inaccesibles lomas de San Gerónimo; el otro por el de Anzaldo, ámbos cortados por los americanos. Los que tomaron el primero, rodaban como un torrente de las alturas, revueltos en tropel, soldados, mulas, caballos sin ginete, heridos que poblaban con sus gritos el aire, y muges que dando alaridos, discurrían por todas partes como furias. Toda esta masa informe era atropellada por los enemigos, y á ella asestaban sus tiros los bárbaros vencedores.

Al retirarse tambien en tropel confuso los que tomaron el camino de Anzaldo, se encontraron con la columna de los americanos que habia avanzado, y rompiendo sus fuegos, asesinaba á los nuestros. Allí algunos de los gefes hicieron tentativas valerosas para rehacerse. Salieron en este lugar heridos varios recomendables militares.

Antes de llegar al puente que corta el camino de San Angel, anterior á Anzaldo, el general Valencia supo que Santa-Anna no habia salido de San Angel sino hasta las seis y media, tomando el rumbo del Olivar, donde se cercioró de la derrota. Entónces, torciendo á la izquierda del puente, tomó por las lomas, con direccion, segun dijo, á San Angel; pero lo disuadieron sus amigos, diciéndole que el general Santa-Anna estaba furioso, y en uno de sus ímpetus habia dado orden para que lo fusilasen. Al saber esta noticia, tomó otro rumbo el general Valencia.

En el puente merece una especial y honorífica mencion el Sr. general Salas, que en medio del fuego, entre tanto desorden, espada en mano, se colocó á la cabeza de la caballería de Torrejon, detuvo un tanto la dispersion, é intentó cargar sobre el enemigo, hasta caer prisionero cerca del mismo puente.

Tal fué la memorable derrota de Padierna. Cuando se consumió, sonrieron satisfechas la ambicion y la envidia, y se vió próxima y casi inevitable la pérdida de nuestra hermosa capital.

CAPITULO XVIII.

PUENTE DE CHURUBUSCO.

Poco tiempo despues de los primeros cañonazos que se oyeron por Padierna, la vanguardia de la division del general Santa-Anna salió de San Angel para tomar la misma posicion que ocupó la tarde del 19 sobre las lomas del Toro. Seiscientas varas se habrian andado: los soldados marchaban atraidos por el iman del combate, trabado por sus camaradas. A las detonaciones de la artillería sucedió un vivísimo fuego de fusilería, que cesó repentinamente, percibiéndose despues algunos tiros parciales. ¡Eran la agonía del ejército del Norte! Se marchaba á paso de carga; repentinamente sorprendió á las tropas la llegada en fuga de unos trozos de caballería de la division del general Valencia, seguidos de algunos infantes, á quienes acosaban las columnas enemigas: no quedó duda sobre el desastre de Padierna.

Inmediatamente dispuso el general Santa-Anna hacer con esta fuerza, y las que se encontraban en toda la primera línea, un movimiento de concentracion sobre nuestra segunda de defensa, situada en las garitas de México.

Dos ayudantes partieron á escape para San Antonio y Mexicalcingo, llevando órdenes á los generales Bravo y Gaona de retirarse á la